



La alegría de la Pascua nos arraiga en la certeza de que nada nos puede separar del amor de Dios.

La esperanza acompaña el gozo pascual

¡Hola!

Con frecuencia busco hacer pequeñas cosas que pondrán sonrisas a las caras mis hijos. Todos los buenos padres quieren que sus hijos crezcan arraigados en el amor. Cada acto bondadoso y cada servicio muestra a los niños el amor real y afianzan a los niños en el amor de sus padres. La felicidad es también una de las grandes esperanzas de los padres para sus hijos.

Dios lleva luz a los lugares más oscuros.

¿Hay algo inconveniente en esto? Por desgracia, como todo sentimiento, la felicidad es temporal. La condición humana está llena de altibajos interminables, y hasta nuestros momentos más felices se pueden teñir de tristeza. Porque quiero que la vida de mis hijos sea feliz, puedo comunicar, incluso sin darme cuenta, que sus emociones negativas de alguna manera no están permitidas o son algo que temer.

Nuestra cultura refuerza esta noción. En redes sociales, camisetas, tazas y calcomanías de parachoques aparecen eslóganes tóxicamente positivos que proclaman que sólo se permiten las “buenas vibraciones”.

Si vemos con hondura, nuestra fe católica proclama un antídoto contra este ambiente. Aparte del pecado, no hay parte de la condición humana que Jesús no haya experimentado.

A lo largo del caminar de Jesús por esta tierra, y especialmente durante la pasión, experimentó lo que vivimos nosotros: una vida de altibajos, de profunda alegría y de intenso sufrimiento. Cuando meditamos en los misterios del Rosario, vemos que María fue preservada del pecado pero no del dolor, incluso siendo la más bendita entre las mujeres.

Tal vez tengamos la tentación de saltar a la resurrección, como si sólo quisiéramos “buenas vibraciones”. Pero esto negaría la realidad del sufrimiento. Nuestras emociones, nos parezcan buenas o malas, nos dan la oportunidad de invitar a Dios a nuestra experiencia. Dado que toda la gama de experiencias humanas fue parte de la vida de Jesús en la tierra, no hay nada en ella que Dios no pueda transformar. Al considerar la resurrección, vemos que Dios puede traer luz a los lugares más oscuros de nuestras vidas. Porque, ¿qué hay más desesperado que la muerte en una cruz? Con todo, es el lugar donde se puede encontrar la más profunda esperanza. A través de la cruz, se hizo posible la alegría de la resurrección.

¿En qué es diferente esa alegría? En tanto que la felicidad es temporal, la alegría se queda con nosotros. Nos afianza en la confianza de que nada puede separarnos del amor de Dios. Nos da la certeza de que en cada una de nuestras luchas, Dios está con nosotros. Cualquier sufrimiento que experimentemos, Dios puede transformarlo. El fundamento de toda realidad es una comunión de amor, y a ella nos invita Dios en Jesús.